

El Aventurero

Parecía haber nacido con sed de aventuras en todo el cuerpo. ¡Qué inquieto y movedido era! Cuando llegó a la edad escolar, era el cabecilla e inventor de las travesuras de mayor calibre. Si había alguna refriega, se sabía por anticipado que él estaba mezclado en ella... si es que no la había provocado. ¡Qué pendenciero! ¿Qué día no llegaba con la ropa en jirones o con un ojo en compota, pero invicto, según su versión?

Pero todo eso no satisfacía su ansia de aventuras. Estas eran aventurillas comunes, insignificantes... Danielito aspiraba a realizar grandes proezas y ser el héroe de hazañas escalofriantes.

A veces, cuando quería "descansar" de esa continua actividad, agotadora para su madre, el chico se sentaba a tomar el sol, cuando hacía frío, o a la sombra de un árbol, en verano. Infaliblemente su hermoso gato gris se acomodaba sobre las piernas de Danielito, y su perro de policía se echaba a su lado. El niño los acariciaba distraído, porque su mente no estaba allí: su imaginación ya lo había transportado a regiones lejanas y salvajes donde le tocaba luchar con las fieras de las selvas o recorrer ríos de impetuosas corrientes, desafiando los mayores peligros, perseguido por decenas de cocodrilos a los cuales siempre lograba burlar.

Pero más que todo, y como el más acariciado de sus sueños, lo atraía el mar. ¡Ser marino, un avezado marino como esos viejos lobos de mar con quienes conversaba a menudo en sus escapadas al puerto! ¡Eso sí que era vivir!

Aunque parezca contradictorio, Danielito era al mismo tiempo un niño metódico y estudioso. Hasta sus travesuras las planificaba y llevaba a cabo con método. Y aunque a sus maestras les causó más de un quebradero de cabeza, sentían cierta predilección por él porque era un alumno cumplidor y brillante. Cuando terminó sus estudios de la escuela primaria, su hermano mayor, ya hombre y bien relacionado, convencido de la vocación del chico, decidió inscribirlo en la Marina; pero los padres no consintieron: era el Benjamín de la familia, había nacido muchos años después de los otros hijos, y los padres estaban demasiado apegados a él.

En vez de permitirle entrar en la Marina, ¡lo enviaron a un colegio de internos, lejos de la ciudad! Por lo visto, los planes de sus progenitores no coincidían con los suyos...

¡Aquello le pareció una cárcel! Y para satisfacer en parte su espíritu aventurero, a menudo lograba "escaparse" temporariamente con algún compañero para realizar pequeñas excursiones. Hubo ocasiones en que las "escapadas" se prolongaban por semanas. Entonces las excursiones tenían más visos de aventura, para mortificación de sus padres. Pero como esas aventuras, por una razón u otra, siempre terminaban en fracaso, el jovencito se reintegraba al cuerpo estudiantil y continuaba estudiando.

Poco a poco se fue interesando en actividades y disciplinas que nada tenían que ver con sus sueños infantiles. Y cuando cumplió los 20 años, hubo un gran vuelco en su vida que definió para siempre su ideal: dedicar sus talentos y energías al servicio de la humanidad, especialmente en regiones o países habitados por seres menos privilegiados; allí donde imperaba la ignorancia, la superstición y la desidia y, como fruto de ello, la miseria y las enfermedades. Eligió como compañera a una joven que compartía sus ideales. Y juntos partieron a lugares poco codiciados, donde tanto el clima como las demás condiciones de vida requerían toda clase de sacrificios y una gran dosis de adaptabilidad.

Entonces, las aventuras que ahora no buscaba, le salían al encuentro más de una vez, inesperadamente: peligros y peripecias de toda índole en los ríos, en la selva, en las montañas.

En cierta ocasión emprendió un largo viaje en compañía de un colaborador para visitar una población circundada por montañas. Querían celebrar reuniones culturales en ese pueblo y establecer una escuela para los niños.

Como permanecerían allí más de una semana, sus acémilas iban cargadas de grandes alforjas que contenían frazadas, ropa gruesa y otras pertenencias necesarias. El viaje se prolongó más de lo calculado debido a la mala condición de los caminos, de modo que la noche los sorprendió en plena montaña, en un lugar extremadamente peligroso: el sendero medía sólo 80 centímetros de ancho. De un lado, la montaña, empinada como un muro; del otro, el abismo, hondo y resbaladizo. Descargaron las alforjas y siguieron a pie, detrás de las mulas palpando con una mano la pared rocosa. A veces, para mayor seguridad, avanzaban sobre las rodillas, con una plegaria en el corazón.

Abajo, los habitantes del valle, ansiosos por la tardanza, enviaron algunos hombres con faroles. Estos montañeses, diestros y conocedores de cada trecho del sendero, cargaron con las alforjas, condujeron las cabalgaduras, y el resto del descenso resultó más fácil.

Durante los días que permanecieron en el valle, visitaron a las familias, celebraron reuniones por la noche para enseñarles cómo vivir de una manera más saludable y provechosa, y tuvieron la satisfacción de establecer la escuela que se habían propuesto. Fue una aventura digna de ser contada cuando Daniel regresó al hogar, pero llena de zozobra al vivirla.

Con bastante regularidad y frecuencia surcaban el lago Titicaca -situado entre Bolivia y el Perú-, con su jefe y amigo, en una pequeña lancha destinada a esa obra de amor. Se detenían en las poblaciones costeras donde tenían escuelas establecidas. En algunas de esas aldeas indígenas habían habilitado también un incipiente dispensario, donde una pareja de enfermeros atendía a los enfermos de la región. En esos viajes a veces los acompañaba la familia de uno de ellos.

En la ocasión a la que nos vamos a referir viajaban también la esposa y la hijita de Daniel, además de algunos nativos que aprovechaban esas oportunidades para hacer sus diligencias y pequeños negocios. La provechosa y placentera gira duró una semana. Al llegar a cada población y al partir de ella, los alumnos de la escuela, vestidos con sus ropas pintorescas y multicolores, formados como soldados en el "puerto" y dirigidos por su maestro, saludaban o despedían a los viajeros con cantos y una banda compuesta mayormente de instrumentos regionales, muchos de fabricación casera.

Llegó el día del regreso. Almorzaron temprano porque había unas cinco horas de navegación desde ese pueblo costero hasta Puno, donde vivían; y deseaban llegar temprano.

El día era hermoso. En el cielo, de un límpido azul, viajaban sin prisa algunas nubecillas blancas y vaporosas, y ante la vista se extendía la dilatada superficie cristalina y tranquila del lago.

Pero después de unas dos horas de viaje, el cielo y el lago cambiaron de aspecto. Comenzó a soplar el viento, primero suave, luego cada vez más impetuoso que, allá arriba, reunía y multiplicaba las nubes. Estas al principio acudían desbandadas, pero gradualmente se iban amontonando con creciente velocidad. Y en el lago el viento agitaba las aguas y formaba olas que aumentaban, momento tras momento, en tamaño y desenfreno. Al principio las nubes ofrecían un espectáculo de suma belleza, tornasoladas por los rayos del sol en distintos matices, desde el purpurino al violáceo.

Pero rápidamente se convirtieron en densos nubarrones plomizos, de aspecto amenazante. Pronto el cielo estuvo completamente arrebozado en un manto gris oscuro.

Daniel estaba junto a su jefe, que era también el capitán de la embarcación. Mirando al cielo y al lago, le hizo este comentario:

-Me parece que esto se está poniendo feo.

-Opino lo mismo -respondió lacónicamente su amigo.

Como hacía relativamente poco tiempo que trabajaban en esa región, no conocían aún cómo se presentaban los fenómenos de la naturaleza. Pero cuando el joven vio la expresión seria y ansiosa en el rostro de los nativos, temió que su opinión no estuviera equivocada. Dirigiéndose a uno de los más avezados a las condiciones del altiplano, le preguntó:

-Y... Felipe, ¿qué piensas? ¿Tendremos tormenta?

-Sí, señor, y bien pronto, y brava.

Efectivamente, la tormenta llegaba con furia y estrépito. Empezó a retumbar el trueno, brillaron los relámpagos fulgurantes, el lago se encrespó y empezaron a levantarse olas rugientes y espumantes. El cielo cambió su manto gris por un negro sudario de nubarrones estruendosos. Y empezó a llover. Era una lluvia helada y ruidosa porque el viento huracanado silbaba entre sus gotas.

La pequeña lancha parecía una cáscara de nuez, juguete de las aguas y del viento embravecido. Uno a uno los viajeros empezaron a marearse; primero el capitán, luego los nativos. Sólo Daniel y su esposa se libraron de este mal. El, sin duda porque cuando su amigo se sintió descompuesto, tomó la rueda del timón y concentró toda su atención y sus energías en la difícilísima tarea de salvar la embarcación y los que la ocupaban; y ella porque se hizo cargo de la hijita, la llevó a la cabina, la acostó y arropó bien, y dividió su atención entre la criatura y el esposo que luchaba afuera contra la tempestad.

Todos se habían cubierto con gruesos impermeables; pero no les servía de mucho, porque el agua, impelida por el viento, se colaba por todas partes y los empapaba. Los pobres nativos, tapados con una

lona impermeable, estaban tendidos en el puente de popa y se sentían miserablemente enfermos y asustados. El capitán, acostado en el puente de proa, cerca del piloto que lo reemplazaba, con esfuerzos sobrehumanos trataba de sobreponerse a su condición y alentar a su amigo en esa lucha a muerte contra las furias desencadenadas de la naturaleza. Ahora también la criatura empezaba a sentir los síntomas del mareo.

-Mamita, siento algo feo en el estómago.

-Ya pasará, hijita; quédate muy quieta y te voy a contar un cuento.

Era media tarde, pero las tinieblas eran más densas que las de una noche oscura. Las luces de dos potentes focos que tenía la lancha apenas alumbraban con claridad difusa unos pocos metros adelante. No sabían dónde estaban. Sólo una especie de instinto de marinero guiaba a Daniel, razonando que si siempre mantenía la proa a través de las olas iría en buena dirección, porque sabía de dónde había empezado a soplar el viento.

La lancha se encaramaba cada vez que una ola hinchaba su lomo cubierto de espuma, y luego la proa parecía hundirse en un siniestro abismo. Pero el piloto se mantenía alerta y maniobraba con firmeza. Con frecuencia su esposa se acercaba a él y permanecía a su lado un rato para alentarlo con su compañía. Luego volvía junto a su hijita. En cierto momento, la niña le preguntó:

-Mamita, ¿quién está manejando?

-Papito, querida.

-Ah, entonces no hay que tener miedo. Vamos a llegar bien.

¡Bendita fe infantil en la omnipotencia del padre! Con razón Jesucristo dijo a sus discípulos: "Si no os volviereis como un niño, no entraréis en el reino de los cielos". La verdad es que si confiáramos en el amor, la sabiduría y el poder de Dios como un niño confía en la infalible y total capacidad de sus padres, tendríamos más paz interior y mayor fortaleza de ánimo frente a las vicisitudes de la vida.

Hubo momentos en que el naufragio parecía inminente. De haber ocurrido éste, la muerte hubiera sido inevitable para todos, aun para los mejores nadadores, porque las aguas del lago Titicaca son heladas y, a los pocos momentos, el más robusto y vigoroso muere congelado.

Como a las ocho de la noche, vieron a lo lejos unas tenues lucecitas que fueron aumentando en brillo a medida que se acercaban. ¡Era Puno!

Mientras tanto, la tormenta había disminuido su furor: el viento era menos impetuoso y el lago se iba aquietando. La lancha marchaba a mayor velocidad y los enfermos de mareo empezaban a revivir. .. A las nueve arribaron al puerto, la mayor parte de ellos mojados hasta los huesos; Daniel, molido de cansancio y tensión nerviosa; pero todos contentos y agradecidos a Dios por haberse librado de una muerte que por momentos pareció segura.

En aquellas horas de angustia, Daniel supo lo que significaban las aventuras de un marino. .. Varias veces en lo futuro le tocó participar en la lucha contra las tempestades que los sorprendían en el lago; pero en ninguna de las otras sufrió momentos tan angustiosos, tal vez porque en esta ocasión peligraba también su familia.

Pero aún faltaban las soñadas aventuras en los ríos tropicales y la lucha sensacional con los cocodrilos. . .

Y una vez tuvo que realizar una larga gira por los ríos afluentes del Ucayali. Acompañaba a un misionero adventista que había dedicado su vida a trabajar en bien de esas tribus selváticas. Colaborando con ese hombre en su obra de amor, mucho fue lo que vio y aprendió. ¡Cuánta superstición, cuánta miseria, cuántas enfermedades! ... ¡y cuán degradado aparecía el ser humano en su estado de salvajismo! Al mismo tiempo, ¡cuán notable la transformación que se operaba en la mente, el espíritu, el cuerpo y los hábitos de los que conocían y aceptaban el amor de Dios y su gracia redentora!

Un día decidieron salir muy de madrugada para aprovechar bien la jornada. Tenían que recorrer en canoa un brazo de cuatro kilómetros de largo por doce metros de ancho, que desembocaba en una hermosa laguna en cuyas márgenes vivía un grupo de familias que querían visitar. Iniciaron su viaje a las tres de la mañana, en una canoa larga y angosta que los remeros manejan con un solo remo, uno de los hombres en la proa y el otro en la popa. Era todavía oscuro. A Daniel le llamaron la atención dos hechos: uno, que el remero de proa continuamente daba un golpe vigoroso con el remo en el agua; y el otro, que en la costa, de ambos lados, había centenares de lucecita... ¿Serían luciérnagas? ¡Qué cantidad! ¿Y por qué el remero golpeaba constantemente el agua?

Al fin, la curiosidad pudo más, y le preguntó al misionero cómo había tantas luciérnagas en ese riachuelo. Su compañero, en vez de contestarle, hizo brotar de su garganta un sonido extraño, un sonido onomatopéyico al que respondieron inmediatamente docenas de voces iguales ... Al mismo tiempo sintió que algunos cuerpos se lanzaban al agua; y el remero de proa redobló sus golpes vigorosos con el remo . . . Ya aclaraba. Daniel vio en la orilla centenares de troncos de forma rara, alineados perpendicularmente hacia el agua. . . Sintió que un escalofrío le recorría la médula. ¡Los troncos eran caimanes, las lucecitas eran sus ojos parpadeantes, y las voces que respondieron al sonido emitido por su amigo, eran sus voces! Hasta el día de hoy, Daniel afirma que había centenares. Ya no necesitaba recordar ningún relato de Salgari, de los que leyera en su niñez... Tenía suficiente con esta experiencia. En cuanto a los cocodrilos, prefería verlos en el jardín zoológico...

La persona que se dedica a una obra de amor en bien de los pueblos que viven en forma primitiva, se encuentra a menudo con toda clase de aventuras: peligros de toda suerte, privaciones, accidentes, cansancio, sí, mucho cansancio después de largas jornadas de servicio agotador. Al mismo tiempo, satisfacciones de carácter espiritual que no se cambiarían por ningún bien material.

Daniel ya está en el ocaso de su vida de servicio. Si pudiera hacer retroceder el tiempo y elegir de nuevo su destino. . . escogería el mismo sendero que decidió recorrer cuando tenía 20 años.

¡Vivió las mejores aventuras!